



DOMINICA PASCHÆ IN RESURRECTIONE DOMINI 2009

CARTA DEL MINISTRO GENERAL OFM

¡ESTAD ALEGRES!

Queridos hermanos:

¡El Señor os dé la paz!

Hace todavía poco que aquí en Roma inició oficialmente la primavera, y un año más comenzamos a disfrutar del buen tiempo y a contemplar el nuevo vestido con que se engalana nuestra madre tierra. Se acerca la fiesta de Pascua, y nuestro corazón ya se inunda de alegría al sentir cercano el gran anuncio pascual: “No está aquí, ha resucitado” (Lc 24, 6). Se acerca Pascua y nuestros pies ya se ponen en movimiento porque sabemos que muy pronto escucharemos también este año: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc 16, 15).

ESTAD SIEMPRE ALEGRES EN EL SEÑOR

(Fil 4, 4)

Un año más, con motivo de las fiestas pascuales, quiero acercarme a todos vosotros, mis queridos hermanos: a los jóvenes y a los ancianos, a los enfermos y a los sanos para gritaros con todas mis fuerzas: “Alegraos en el Señor” (Fil 3, 1).

Pascua es vida, Pascua es alegría, por ello sólo se puede vivir gustando la vida y desde la alegría y el gozo profundos. No hay motivo para la tristeza, aunque haya motivos para estar preocupados. No hay motivo para el miedo, aunque no veamos con la claridad que deseáramos el camino que estamos llamados a recorrer. ¡El Resucitado nos regala la vida! ¡Cristo ha vencido! ¡Alegrémonos, hermanos!

A ello nos invita nuestro padre san Francisco. Él canta el Evangelio y, en una sociedad como en la que le tocó vivir, con tantas sombras y motivos para preocuparse, hace sentir una nota insólita de música. El Poverello descubre al Dios que es gozo y fuente de alegría -“Tú eres gozo y alegría” (AID 5)-, y, como consecuencia, se abre a la alegría.

Quien canta la vida, quien cree en la resurrección, no puede no sentirse afortunado y, en

consecuencia, no puede sino contagiarse gozo y alegría: “Y guárdense de mostrarse exteriormente tristes e hipócritamente sombríos, antes bien, muéstrense gozosos en el Señor, y alegres y conveniente agradables” (1R 7, 16).

Y es que la alegría es connatural a la fe cristiana. Por eso la alegría que nadie nos puede arrebatarse (cf. Jn 16, 22), la alegría auténtica, nace de la experiencia de plenitud de sentido, que nos da la resurrección del Señor, y que abre nuestro futuro posibilitando la esperanza: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10); “como el Padre me ha amado, así también yo os he amado. Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea plena” (Jn 15, 9. 11). La alegría, la que nadie nos podrá quitar, nace del encuentro con la vida, del encuentro con el Resucitado: “... se alegraron al ver al Señor” (Jn 20, 20; cf. Lc 24, 41). La alegría brota del descubrimiento de haber sido salvados gratuitamente: “Por gracia habéis sido salvados” (Ef 2, 5).

La alegría no es, entonces, una conquista, sino un don que nos es regalado por el Señor de la vida, por el Resucitado, y, en cuanto tal, es un don del Espíritu (cf. Gal 5, 22- 23). Como afirma el Apóstol Pablo en el texto que justamente se le conoce como “la historia de la alegría” (Fil 4, 4-7), la fuente de ésta es Cristo Jesús Resucitado, en la experiencia profunda que el hombre hace de su Dios en Cristo Jesús. Será san Buenaventura quien afirme que la alegría es como una lámpara interior encendida por la luz divina. La alegría que nosotros conquistamos es efímera, frágil, a menudo una caricatura de la verdadera alegría. La verdadera alegría es un don del Cristo viviente, la del hombre liberado y amado gratuitamente, que, no obstante su fragilidad, intenta vivir en armonía consigo mismo, con su conciencia, con el proyecto de amor de Dios. El relato de la perfecta alegría es muy elocuente al respecto (cf. VerAl 15).

La alegría, para un cristiano, no se encuentra en las fórmulas de “saber vivir”, sino en la única solución de “dejar vivir” a Cristo en uno mismo, en dejarse conquistar por Él (cf. Fil 3, 12). Para un discípulo de Jesús no hay pues *recetas para*

estar alegres o, dicho de otra manera, no existe *la alegría en píldoras*. La alegría de la que estamos hablando no está en saldos, no se vende, no se encuentra fácilmente, no es la recompensa del éxito. ¿No hemos encontrado, a caso, tantas veces personas enfermas cuyos rostros comunican una alegría indescriptible? La alegría de la que estamos hablando no es tampoco fruto de la ausencia de la duda o de la lucha en la noche oscura del alma. El *Cántico del hermano sol* es un canto pascual, que brota del corazón de un hombre enfermo, ciego, consumado, pero que ha encontrado a Cristo resucitado, el Señor de la vida.

Esta es la alegría que se transforma en felicidad, la felicidad de un hombre que se siente colaborador de un Dios que hace nuevas todas las cosas. Esta es la alegría y la felicidad que nos comunica la Pascua y que estamos llamados a experimentar y comunicar.

ID, PUES, Y HACED DISCÍPULOS A TODAS LAS GENTES (Mt 28, 19)

Pascua es misión. Quien ha experimentado la alegría del encuentro con el Cristo resucitado no puede menos de ir de prisa a comunicarlo a los demás. Quien se ha encontrado con Él siente la necesidad de comunicarlo (cf. *Lc* 14, 33; *Mc* 16, 8). La sed saciada, como en el caso de la Samaritana, se transforma en mensaje (cf. *Jn* 4, 38).

La alegría, por ser un sí al amor, se transforma necesariamente en misión. La Pascua nos hace caer en la cuenta que para entrar en la alegría es necesario salir de uno mismo: del yo egoísta, separado, anárquico, o sea del yo que me cierra en un individualismo replegado únicamente sobre mí mismo y me impide realizarme como persona. Por otra parte, la Pascua nos enseña que quien gusta la alegría auténtica no la retiene para sí, como un tesoro que hay que esconder, sino que siente la necesidad de donarla y comunicarla. La alegría pascual crece en la medida en que se comparte.

El encuentro con Pablo en este año en que celebramos el bimilenario de su nacimiento nos lleva a la misma conclusión. Pablo, camino de Damasco, se encuentra con Cristo resucitado. Y este encuentro es el que le pone en una condición que le lleva a decir: “¡Ay de mí sino evangelizare!” (*1Cor* 9, 16).

¿Estamos dispuestos a compartir la alegría que nace de nuestro encuentro con el Resucitado y de la certeza que dicho encuentro nos da al saber que él vive y está en medio de nosotros? ¿Estamos dispuestos a anunciar esta noticia de vida? Si decimos que sí, tengamos presente que sólo una persona viva –esto es, que vive en plenitud–, es capaz de anunciar al viviente. Alguien, parafraseando la expresión de san Ireneo: “Gloria Dei vivens homo”, escribe: “A Dios quien más le honra es el hombre más lleno de vida y con más ganas de vivir”. Él ha dado la vida para que nosotros tengamos el gusto de la vida, para que fuésemos los *celebrantes* de la vida, lo que supone, entre otras cosas, dar testimonio de que el crucificado ha sido constituido “Señor y Cristo” (*Hch* 2, 36).

Celebrar la Pascua significa, entre otras cosas, ponernos en camino. El Señor nos precede (cf. *Mt* 28, 7). “Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán” (*Mt* 28, 10). El Señor no acepta nuestras discusiones preliminares. Las explicaciones, las aclaraciones, vienen siempre después.

Pongámonos en camino, hermanos, miremos hacia delante. La *via resurrectionis* no se puede recorrer arrastrando los pies, y, menos todavía, arrastrando el corazón, viviendo rutinariamente y resignados a una muerte preanunciada. ¿No os parece que a veces damos la impresión de habernos quedado parados en el viernes santo? Esta es la impresión que damos cuando presentamos la Buena Noticia con tonos lúgubres, severos, casi con repiques fúnebres. Éste es el mensaje que trasmitimos cuando las lágrimas por un pasado que ya no existe nos impiden ver la presencia del Resucitado en medio de nosotros. ¿No creéis que hay demasiados discípulos de María Magdalena entre nosotros?.

“Este es el día en que ha actuado el Señor” (*Sal* 117, 24). En Pascua Cristo nos entrega su día, nos entrega una vida nueva: “Barred la levadura vieja para ser una masa nueva” (*1Cor* 5, 7). La piedra sepulcral, la que nos encerraba en nuestro mundo viejo, cansino, inhabitable, ha sido removida definitivamente. El mundo decrepito, sofocante, en el que hemos quedado apresados hay ha pasado (cf. *2Cor* 5, 17). Cristo, nuestra pascua, nos ha liberado. Habituémonos al amor, a la luz, a la libertad, y dejemos que, a través de nuestro testimonio, penetre el mensaje eterno en el hoy de la historia.

Estamos viviendo este tiempo propicio para gustar *la gracia de los orígenes*. Y ¿qué mejor modo

para gustar dicha gracia sino dejándonos encontrar por el Resucitado y dando testimonio gozoso de su presencia entre nosotros? ¿No fue esto lo que hizo el cristiano Francisco de Asís? Este año queremos celebrar el don de la vocación a la que por gracia hemos sido llamados. Y ¿qué mejor modo de celebrarla si no es restituyendo al Señor y a nuestros contemporáneos, con la palabra y las obras, cuánto de Él hemos recibido? Estamos a las puertas del Capítulo general cuyo tema será la evangelización/misión. Redescubramos el ardor misionero que siempre caracterizó a nuestra Orden. Salgamos y anunciemos que “no hay otro omnipotente sino él” (cf. *CtO* 9). Salgamos y abramos el corazón del hombre al don de Dios, al Espíritu del Señor. Salgamos y demos testimonio gozoso de la esperanza que el Señor puso en nuestros corazones y que anida en nosotros (cf. *IP* 3, 15).

Pero ¿cómo lograr todo ello si no miramos a la situación en que viven muchos de nuestros contemporáneos? ¿Ignoramos acaso que el sábado de gloria ha sido precedido por el viernes santo? La pasión y muerte de Jesús es renovada diariamente en las vidas de muchos de nuestros hermanos y hermanas que están sufriendo las consecuencias de la crisis económica por la que están atravesando muchos de nuestros países. En los últimos meses crece constantemente el número de aquellos que no tienen trabajo, de los que no tienen hogar, de los que pasan hambre. Francisco nos enseña a estar cerca

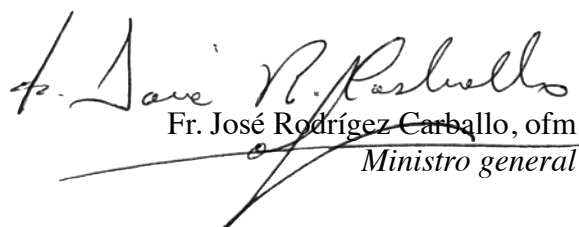
de la gente, sobre todo de los pobres (cf. *IR* 9, 2), “menores entre los menores”, como nos recordó el Capítulo extraordinario del 2006. Esta Pascua puede ser un tiempo de gracia para nosotros y para tantos afectados por esta crisis global que estamos viviendo si nos ponemos a caminar con ellos, compartiendo con ellos sus sufrimientos, siendo solidarios con ellos y trabajando con ellos para encontrar juntos caminos que puedan aliviar sus penas. Esta Pascua nos lanza un gran desafío: poder comunicar esperanza a los que no la tienen, comunicar un rayo de luz a cuantos viven en tinieblas.

Queridos hermanos: Volvamos una vez más nuestra mirada a Francisco, nuestro padre y hermano. El *Poverello* vive momentos de mucha debilidad en su cuerpo y de muchas luchas en su espíritu. La enfermedad y los problemas con que se encuentra en la Fraternidad lo han consumido poco a poco. Ya no puede caminar. Ha de ser transportado en un asno. Pero hay algo a lo que no renuncia: ser mensajero, hasta el fin, de la alegría (cf. *LP* 24). La alegría acompañó siempre a Francisco. En la Pascua Dios nos invita a participar de su alegría: la de crear amando. Seamos sembradores de amor, y la alegría brotará en nuestra tierra. Y recordemos siempre que nuestra alegría es un acto eminentemente misionero. Es una invitación a amar, a esperar, a creer, a vivir.

¡Feliz Pascua de Resurrección, queridos hermanos!

Roma, 19 de marzo,
solemnidad de san José, de 2009




Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Ministro general